

restre á aquel que se preocupa exclusivamente de la patria celeste? Las calamidades públicas mismas no le conmueven: la victoria ó la derrota, la libertad ó la servidumbre, le son indiferentes: la libertad para él consiste en emanciparse del yugo del pecado y de la muerte: la gloria consiste en librar á los hombres de la dominación del demonio (1). San Agustín vió á los Vándalos invadir el Africa. Bonifacio, un amigo del obispo de Hipona, fué quien los llamó. Si el Padre latino hubiera conservado una chispa, no ya del patriotismo antiguo, sino del sentimiento de los deberes que impone la patria en todo tiempo y lugar, ¿no hubiera debido condenar aquel crimen? Se conserva una carta que el obispo escribió al general despues de aquella funesta traición. Esta palabra traición no aparece en la carta. Agustín no excita á su amigo al sentimiento del deber, invocando la fidelidad y la patria. Bonifacio se habia unido con los Bárbaros por resentimiento de una injuria. Esto es lo único que desagrada al obispo; le dice: «No vuelvas mal por mal, sino bien por mal.» En los consejos que le da, San Agustín no piensa en la salvación del Imperio, sino en la de Bonifacio (2). Hombres que hasta este punto olvidaban la patria, ¿cómo habian de ser defensores ardientes de la patria? Si ha habido cristianos patriotas, eran cristianos inconsecuentes. Cuanto más imbuido esté un hombre en la perfección del Evangelio tanto ménos hará por la patria. Los verdaderos cristianos en la época de la invasión de los Bárbaros eran los monjes y los anacoretas. ¡Díganosenos qué hicieron aquellos millares de solitarios en defensa del Imperio!

¿Hace falta inquirir si la concepción cristiana de la patria es un ideal? La humanidad se ha mostrado superior al cristianismo. Los hombres no han podido persuadirse de que son extranjeros en un mundo en que han sido colocados por Dios. Esta idea repugna tanto á la conciencia humana, que cuesta trabajo el comprender que haya podido entrar en el cristianismo como una cosa corriente (3). Hay que recordar que en la época en que San Pablo vino

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, v, 17, 18.

(2) *IBID.*, *epist.* 220, §§ 7-12 (*Op.*, t. II, p. 814 y sig.).

(3) Encuéntrasela en todos los predicadores. MASILLON, *Sermon acerca de la*

á anunciar á los Griegos y á los Romanos que eran extranjeros en esta tierra, la patria no existía ya en realidad. La decadencia de las naciones habia inspirado ya á los últimos estóicos el disgusto de la vida pública, la preocupacion exclusiva del perfeccionamiento individual. Estos sentimientos adquirieron una fuerza inmensa á la voz de los apóstoles, que predicaban que se acercaba el fin de todas las cosas, que iba á comenzar el reino de Dios y que solamente hallarian lugar en él los que se apresurasen á renunciar al antiguo mundo (1). La patria, la vida misma, perdian su importancia para los que esperaban la consumación final. Así, pues, la pretendida perfección del cristianismo en este punto es simplemente el producto de la decadencia antigua, junta con un espiritualismo desordenado.

## § II. — El matrimonio.

Nos cuesta trabajo comprender hoy que una institución, fundamento de la sociedad, no haya sido aceptada en los primeros siglos del cristianismo más que como una triste necesidad de la corrupción humana. ¿Cómo conciliar esta falsa doctrina con la pretensión de una revelación milagrosa? Sin embargo, no hay término medio; ó hay que rechazar el matrimonio con Jesucristo y con San Pablo, ó hay que reconocer que su indiferencia, mejor dicho, su antipatía hácia el matrimonio no es el ideal de la humanidad, y por consiguiente que la predicación evangélica no es la expresión de la verdad absoluta, y que en su marcha progresiva el espíritu humano ha avanzado más que Jesucristo, lo cual necesariamente implica que no hay revelación milagrosa, directa, de la

*Samaritana* (*Obras*, t. I, p. 355): «Un cristiano no es de este mundo; es un ciudadano del cielo; es un hombre del siglo siguiente; es el juez y el enemigo del mundo.»

(1) MATEO, XVI, 24: Jesús dice á sus discípulos: «si alguno quiere venir conmigo, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

verdad; que no hay más que una revelación sucesiva por el intermedio de la razón.

## I.

«Jesucristo, concebido en el seno de una virgen, permaneció virgen y es el esposo de las vírgenes.» Estas palabras de San Agustín (1) nos dan á conocer cuánta influencia ejerció Cristo sobre el monacato y sobre la reprobación del matrimonio. Todos los que ensalzan la virginidad como un ideal se han apoyado en la autoridad omnipotente del Hijo de Dios. Virgen é hijo de una virgen, ha inducido á millares de fieles á abrazar el celibato, como camino de la perfección. Y, en realidad, si Cristo es un ser divino, su vida es un tipo y un modelo, por lo cual el ideal de nuestra existencia debe ser la virginidad y no el matrimonio. Pero Jesucristo ha hecho más que predicar con el ejemplo. En rigor hubiera podido decirse que no era propio de Dios hecho hombre el contraer vínculos carnales. Dejemos, pues, á un lado la vida de Cristo, que de todos modos es excepcional, y atengámonos á su enseñanza.

Aun cuando Cristo no se ha expresado de una manera categórica ni acerca del matrimonio ni acerca de la virginidad, no cabe duda acerca de su pensamiento. Es indudable que estimaba en poco los lazos de la familia. Le hemos oído expresarse duramente cuando se trataba de sus parientes. En otra parte dice: «*El que no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y á sus hermanas, no puede ser mi discípulo*» (2). Los Padres de la Iglesia ven en estas palabras de Jesucristo el consejo de desprenderse de los lazos de la familia, y es difícil darles otro sentido. Si los lazos de la familia son una cadena que debemos apresurarnos á romper, es más racional no contraerlos. ¿No es este mismo el sentido de aquella respuesta medio velada que Cristo da

(1) AUGUSTIN., *De Santa Virginit.*, § 2.

(2) LUCAS, XIV, 26.—NIL., *De Monastica exercit.* c. 45: ἐκλειψιν τῶν συγγενικῶν ὑποτίθεται δεσμών.

á sus discípulos? «*Hay eunucos nacidos así desde el vientre de su madre; hay eunucos hechos por los hombres, y los hay que se han hecho á sí mismos eunucos á causa del reino de los cielos. El que sepa entender, que entienda*» (1). Es imposible equivocarse acerca del sentido de estas palabras, cuando se tiene presente la pregunta que los apóstoles dirigieron á su maestro. Preguntado por los Fariseos, Jesucristo declara que no es permitido al hombre repudiar á su mujer. Entónces sus discípulos le dicen: «Si tal es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.» La respuesta de Cristo, que tomada al pié de la letra extravió á uno de los grandes pensadores del cristianismo, tiene un sentido muy sencillo, y es que se debe preferir la virginidad al matrimonio. Si Jesucristo no se expresó con más claridad, fué porque no quería chocar de frente con los sentimientos de los Judíos, que creían que una posteridad numerosa era una bendición del cielo y que esperaban precisamente la realización de esta felicidad en la época mesiánica. En este sentido ha interpretado el pensamiento de su maestro el más grande de los apóstoles. En vano los escritores protestantes han dado tortura á las palabras de San Pablo, para ponerlas en armonía con los sentimientos de la humanidad moderna; es preciso cerrar los ojos á la luz para no ver que el apóstol de los gentiles no aprueba el matrimonio más que como una triste necesidad de nuestro cuerpo, pero que prefiere la virginidad.

Los Corintios consultaron á San Pablo sobre esta grave cuestión: «Conviene al hombre, responde el apóstol, no tocar mujer. Yo quisiera que todos los hombres fuesen como yo. Digo, pues, á los que no se han casado y á las viudas que les es ventajoso permanecer como yo. Pero, si no pueden guardar continencia, que se casen; porque vale más casarse que condenarse.» Así, pues, á los ojos de San Pablo el matrimonio es un remedio contra la incontinencia: «Para evitar la impureza, dice, que cada uno tenga su mujer, y que cada mujer tenga su marido.» La consecuencia de esta doctrina es evidente; el apóstol no la oculta: «El que casa á su hija, hace bien; el que no la casa, hace mejor» (2). El matri-

(1) MATEO, XIX, 12.

(2) PABLO, I, *Cor.* VII, 1, 7-9, 2, 38.

monio en sí mismo queda, pues, desaprobado. De esto á la exaltación de la virginidad y al monacato no había más que un paso.

## II.

Al preferir la virginidad al matrimonio, el cristianismo echaba por un camino falso y peligroso. Las sectas, lógicas en sus extravíos, condenaron el matrimonio como impuro. Ya en tiempo de San Pablo se propagaban estos errores entre los fieles (1). El cristianismo daba la mano á un espiritualismo exagerado, que tenía profundas raíces en Oriente y que estuvo á punto de invadir la Iglesia. La idea de que la existencia actual del hombre es una caída dominaba bajo formas diversas en las religiones orientales; de allí pasó á las especulaciones filosóficas de la Grecia; encontró algún apoyo en los cuadros que pintan los profetas de la corrupción de la naturaleza humana (2). Los primeros siglos de la era cristiana, época de fusión y sincretismo, favorecieron la propagación de esta doctrina: se apoderó del cristianismo para asimilárselo. De esta mezcla de ideas orientales y de sentimientos cristianos nació el *gnosticismo* (3). No todos los *gnósticos* tenían la misma creencia, pero estaban todos conformes en considerar la materia como el principio y causa del mal. Los más puros deducían la consecuencia de que era menester divorciarse del cuerpo, y por consiguiente de la vida (4). De aquí el ascetismo más riguroso, la reprobación absoluta del matrimonio, como obra bestial (5). Puesto que la naturaleza es el mal, era necesario abstenerse del matrimonio para poner término al imperio del mal. Los *perfectos*, los *continentes*, no solamente no se casaban; algunos, apoyándose en las

(1) PABLO, I *Timoth.*, IV, 3.

(2) JEREMÍAS, XX, 14-18.—ESDRAS, V, 35.—JOB, XIV, 45.—*Psal.*, LII, 5.

(3) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, 2, p. 631, 632.

(4) CLEMENS ALEX., *Strom.* III, 3, p. 515.

(5) IRENAEUS, *Haeres.* I, 24, 2: «*Nubere et generare á Satana dicunt.*» — Presentaban el matrimonio como una obra bestial que asimila el hombre al animal (CLEMENS ALEX., *Strom.* 17, p. 558. C. *ib.* III, 1 y sig.).

palabras de Jesucristo, se hacían eunucos (1); otros llevaban el ódio de la carne hasta el suicidio: éstos eran los más consecuentes, como lo hace observar Tertuliano (2).

El gnosticismo satisfacía las tendencias de la época; invadió los ánimos y por poco absorbe al cristianismo. No sucumbió en la Iglesia hasta después de una lucha de cuatro siglos. Pero aún cuando desechó los dogmas y las creencias de los gnósticos, el cristianismo quedó penetrado por el espiritualismo exaltado que caracteriza á los más puros de aquellos sectarios. Hay poca diferencia entre la doctrina de la mayor parte de los Padres de la Iglesia acerca del matrimonio y la del gnosticismo. Lo consideran como un resultado del pecado de Adán. El primer designio de Dios, dicen, no era perpetuar la raza humana por medio de la unión de los cuerpos; á no ser por el pecado, los hombres se hubieran multiplicado como los ángeles; solamente después que Adán quebrantó los mandamientos divinos instituyó Dios el matrimonio (3). Aún en nuestra corrupción actual nacemos vírgenes; luego la virginidad es el estado natural del hombre, y el matrimonio es casi una violación de las leyes de la naturaleza. Pero esta vida no es más que un breve paso á una existencia más feliz, más pura para los elegidos; en el cielo cristiano no hay unión corporal; más aún, la mujer, según la opinión general de los Padres, no renace con los atributos de su sexo. Esta concepción de la vida celeste es la condenación virtual del matrimonio; no puede verse en él una cosa santa, puesto que no se le admite en la mansión de los santos (4). De aquí el desprecio del matrimonio y la exaltación de la virginidad: «Por la virginidad, dice San Isidoro, el hombre se asemeja á los ángeles; por el matrimonio se pone al mismo nivel

(1) IREN., I, 28, 1.—EPIPHAN., *Haeres.*, LVIII, 1.

(2) PHILASTR., *Haer.* 62, 63.—CLEMENS ALEX., *Strom.*, IV, 4, p. 571.—TERTULL., *in Marcion.* I, 16.

(3) ATHANAS., *Expos. in Psalm.* (*Op.* t. II, p. 1087).—GREGOR. NYSS., *De officio hominis*, c. 17.—CHRYSOST., *de Virg.* XIV, XIX (*Op.* t. I, p. 279, B.; 280, A.; 282, D.).—AGUSTIN dice que sin el pecado hubiera habido matrimonio, pero que este matrimonio hubiera sido más bien una unión de ángeles que el matrimonio tal cual le conocemos (*De pecc. orig.*, § 40;—*De Civ. Dei*, XIV, 23).

(4) ÁMBROS., *Echort. ad Virg.*, c. VI, núm. 35.

que las bestias» (1). A los ojos de Tertuliano, el matrimonio no es más que una especie de fornicación (2). Este desden del matrimonio se revela, sobre todo, en las opiniones de los Padres acerca de las segundas nupcias. Atenágoras las llama un *adulterio honesto* (3). Jerónimo las persigue con sus invectivas: «Si el Apóstol las permite, dice, es para impedir la incontinencia; más vale que las jóvenes viudas vivan con un marido que con el diablo» (4). San Gregorio confiesa que la ley tolera los segundos matrimonios; pero si alguien llega más allá debe ser considerado como un puerco (5). Si las segundas nupcias son tratadas como cosa vergonzosa, es imposible que el matrimonio en sí sea bueno. San Jerónimo dice sin rodeos que el matrimonio es un mal. Se vió obligado á retractar estas palabras; pero no por eso dejan de ser la expresión más franca de los sentimientos cristianos (6). La exaltación de la virginidad no tiene otro sentido: «La virginidad une los hombres con Dios (7). Es un género de vida angélica (8). Las vírgenes son las fragantes flores de la Iglesia, la gloria y el ornamento de la gracia espiritual, la imágen de Dios correspondiente á la santidad del Señor» (9). Si la humanidad hubiera escuchado estas ardientes predicaciones, hubiera desertado de la vida para reconquistar con un esfuerzo heroico el estado de pureza virginal que había perdido por el pecado original.

Se ha creído que la exageración de los Padres de la Iglesia estriba únicamente en la forma que dan á su pensamiento. Los Padres griegos, se dice, expresan con más moderación la verdadera creencia del cristianismo. Verdad es que de todos los escritores

(1) ISID. PELLUS., *epist.* IV, 192.

(2) TERTULL., *de Exh. castit.*, c. 9: *nuptia ipsa ex eo constant, quod est stuprum.*

(3) ATHENAG., *Apolog.*, 28.

(4) HIERONYM., *epist.* 85 *ad Salvin.* (t. IV, part. 2.ª, p. 669).

(5) GREGOR. NAZ., *Or.* XXXI, p. 501, A.

(6) HIERONYM., *adv. Jovinian.* (I, 4, t. IV., part. 2.ª, p. 149); *epist.* 30 *ad Pamach.*, t. IV, part. 2.ª, p. 229 y sig.).

(7) ATHENAG., *Legat.*, 29.

(8) ATHANAS., *epist.*, t. II, p. 960 y sig. — AMBR., *Echortat. Virginit.*, c. 4, núm. 19: «*Quae non nubunt et qui uxores non ducunt sicut angeli in terris sunt.*» ID., *de Virgin.*, I, 3, 11: «*Quis neget hanc vitam fluxisse de coelo?*».

(9) CYPRIAN., *De habitu Virg.*, p. 354, B.

eclesiásticos, los Padres griegos son los más favorables al matrimonio. Sin embargo, considerándolo bien, se ve que están conformes con los Padres latinos. Así Clemente de Alejandría dice por una parte «que el matrimonio no tiene nada de impuro en sí mismo, que el mundo no subsiste más que mediante la generación, que es santa, y que Dios es su principio» (1). Por otra parte compara las segundas nupcias con la fornicación (2). Gregorio Nacianceno y Crisóstomo no cesan de repetir que el matrimonio no tiene nada de vergonzoso, y que más bien es respetable, puesto que ha sido establecido por Dios para la propagación de la especie humana, que no es un obstáculo para la salvación, que no excluye la santidad de la vida (3). La consecuencia lógica de esta doctrina sería que el matrimonio es tan santo como la virginidad. Pero el dogma cristiano contiene á los Padres griegos y los lleva á exaltar la virginidad hasta el punto de comprometer el matrimonio: «La virginidad, dicen, nos aproxima á los ángeles, á Jesucristo mismo, que nació de madre virgen y permaneció virgen. La virginidad es tan superior al matrimonio como el espíritu á la carne, el cielo á la tierra, la eternidad al tiempo; Dios al hombre» (4).

Tal es también la doctrina consagrada por la Iglesia; en apariencia rechaza los excesos del espiritualismo evangélico, en el fondo mantiene el principio de donde se deriva el desprecio de la unión conyugal. El Concilio de Gangres condena á los que atacan al matrimonio y abrazan la virginidad porque creen malo el matrimonio: «Admiramos la virginidad, dicen los Padres del Concilio, pero tributamos honor también al matrimonio» (5). Sin embargo, la Iglesia, aun cuando aprueba el matrimonio, prefiere la virginidad. Un monje del siglo IV se atrevió á decir que la vir-

(1) CLEMENS ALEX., *Strom.* III, 17, p. 158 y sig.

(2) IBID., *Strom.*, III, 12, p. 552.

(3) GREGOR. NAZ., *Orat.* 40, p. 468, D; *Orat.* 31, p. 502, A. B.; *Carm.*, III, p. 60, B.—CHRYSOSTOM., *Homil.* 21, § 4, *in Genes.* (t. IV, p. 186, D.); *Homil.*, 20, § 9; *in epist. ad Ephes.* (t. XI, p. 156, D.).

(4) GREGOR. NAZ., *Orat.* 20, p. 358, C.; *De Virgin.* (t. II, p. 42-55).—CHRYSOST., *De Virgin.* (t. I, p. 275, D.).

(5) *Concilio de Gangres*, can. 9.

ginidad no es más santa que el matrimonio (1); Joviniano suscitó contra sí la cólera de San Jerónimo y la reprobación universal; fué condenado por el Papa y su doctrina declarada herética (2). La virginidad es, pues, el ideal; el matrimonio es admitido únicamente porque no hay más remedio que tolerarlo.

### III.

La doctrina cristiana es falsa, la conciencia humana la ha repudiado. Esta reprobación remonta hasta el fundador mismo del cristianismo, ó por lo ménos, hasta los que han dado á conocer su pensamiento. Si, es menester decirlo muy alto, Jesucristo, sus apóstoles y los Padres de la Iglesia se han engañado acerca de la esencia del matrimonio; no han visto en él más que la unión de los cuerpos, unión más ó ménos vergonzosa; no han visto la unión de las almas. Tomando este punto de partida, lo han tolerado como un remedio para una naturaleza corrompida, en lugar de celebrarlo como una condición de la vida. En vano sus propias Escrituras decían que no conviene al hombre estar solo; en vano el mito de la creación hacia un solo ser del hombre y de la mujer. El espiritualismo exagerado que inspiraba al cristianismo primitivo venció. No se trata ya de presentar estos excesos como un ideal, al cual no puede llegar la debilidad humana; se trata de explicar cómo han podido extraviarse hasta este punto el fundador de una religión poderosa y sus primeros discípulos. La Iglesia ha incurrido en el error de considerar como un ideal eterno una disposición de espíritu y de sentimientos que no tenía más que un valor pasajero. También nosotros admiramos el heroísmo de la virginidad cristiana, pero no vemos en ella una concepción definitiva de la vida, sino una fase por la cual ha debido pasar la humanidad. Hagamos justicia á lo pasado, pero sin prejuizar el porvenir.

La antigüedad tributaba tales honores á la multiplicación de la especie humana, que llegaba á divinizar los emblemas de la repro-

(1) JOVIAN., ap. HIERONYM., c. *Jovin.*, lib. I (t. IV, part. 2.<sup>a</sup>, p. 146).

(2) AUGUSTIN., de *Heres.*, c. 82.

ducción. Este orden de ideas no era particular del paganismo; la primera ley dada á los hombres por el Dios de los Judíos es: Creced y multiplicaos. El matrimonio era un deber; una posteridad numerosa era una bendición del cielo. Con el cristianismo se realiza una revolución completa en las ideas: millares de cristianos eluden el matrimonio y son comparados con los ángeles. ¡Espectáculo singular! Los paganos aplauden aquellas victorias del hombre sobre la naturaleza, aún cuando se declaran incapaces de tanto esfuerzo. «Admiran á nuestras vírgenes, dice Atanasio, como el templo del Verbo» (1). ¿Cómo han podido cambiar los sentimientos hasta tal punto que los hombres llegaron á admirar lo que habían reprobado y reprobaron lo que habían admirado?

Los antiguos tenían la misión de poblar el mundo; la religión divinizó la materia. Pero cuando hubo pasado la edad de la sencillez patriarcal, cuando los hombres dejaron de creer en sus dioses, hubo un desbordamiento de corrupción y de impureza. El materialismo gastó la vida hasta en su fuente; en lugar de propagarse la raza humana estuvo á punto de perecer de inanición. Era necesaria una violenta reacción para volver á traer al género humano á las leyes de la naturaleza. El exceso de la corrupción no podía ser combatido más que con un exceso de pureza. Hé aquí por qué el cristianismo anatematiza la materia; la carne, divinizada por los antiguos, fué maldita; se la venció con mortificaciones, hasta el punto de destruirla; el hombre debía transformarse en ángel. La obra intentada por el cristianismo era grande y santa; pero confundió el medio con el fin. ¡Error inevitable y benéfico! Era necesario divinizar la virginidad para que millares de hombres y mujeres pudiesen abrazarla con ardor. A este precio se salvó la humanidad de la podredumbre.

(1) ATHANAS., *Apolog. ad Imperat. Constant.* 33 —Decían los paganos que la virginidad cristiana era una cosa inaudita, que excedía de las fuerzas de la naturaleza humana. (CHRYSOST., *Quod regular. femina. Op.*, t. I, p. 249, B.). Debe verse en CRISÓSTOMO la admiración que inspiraba á los paganos una *viudez larga*. Cuenta que Libanio, oyendo que su madre estaba viuda desde la edad de veinte años, y que no había querido jamás tomar otro esposo, exclamó volviéndose hácia su auditorio idólatra: ¡Oh dioses de la Grecia, qué mujeres se encuentran entre los cristianos! (CHRYSOST., *ad Viduam junior.*, t. I, p. 340, A, B.).

Hoy que ya estamos en salvo y que nos hallamos fuera del movimiento de ideas que produjo el cristianismo, nos es fácil ver que la virginidad no puede ser el ideal de la vida. Lo que ha engañado á Jesucristo es que el matrimonio en la antigüedad no era más que la union de los cuerpos; la mujer era un instrumento de placer y de reproduccion. Era menester romper estas ligaduras de la materia, para levantar las miradas del hombre hácia el cielo. La propagacion de la raza humana, que habia tenido un interes capital en la antigüedad, perdía su importancia para los cristianos imbuidos en la opinion de que se acercaba el fin del mundo. En los primeros siglos del cristianismo se preguntaba ya á los que exaltaban la virginidad, qué sería del género humano si todos los hombres se abstuviesen del matrimonio. «Ojalá, respondió San Agustin, permaneciesen vírgenes todos los hombres, con corazon puro y fe verdadera; la ciudad de Dios se formaria más pronto y veríamos llegar el fin de los tiempos» (1). Eusebio dió la misma respuesta á los que objetaban á los cristianos que todos los antiguos patriarcas eran casados, al paso que el cristianismo recomendaba el celibato: «En tiempo de los patriarcas el mundo estaba en su juventud, miéntras que ahora todo anuncia que se acerca á su fin» (2).

Estas creencias nos explican cómo Jesucristo, el alma más amante que ha existido sobre la tierra, mostró indiferencia y casi desden por los lazos de familia; nos explican cómo el fundador de una religion llamada á renovar el mundo, exaltó la virginidad á expensas del matrimonio. La naturaleza protesta contra el celibato. Si la virginidad es el ideal de la vida, todas las criaturas deben esforzarse por realizarlo; y al cabo de este heroismo, ¿cuál sería el destino del género humano? La muerte. ¿Qué concepcion de la vida es esa que viene á parar en el suicidio? El sentimiento moral de la humanidad moderna protesta igualmente contra la reprobacion dirigida á la mujer y al matrimonio. La union de los cuerpos ha llegado á ser la armonía de las almas; léjos de eludir

(1) AUGUSTIN., *De bono conjug.*, § 10.

(2) EUSEB., *Demonstrat. Evang.*, I, 9, p. 30 y sig.

el matrimonio, el hombre debe buscarlo como complemento de su destino. Así, pues, la salvacion, esto es, el cumplimiento de nuestra mision, no está en la virginidad, está en la sociedad del hombre y de la mujer. El resultado á que llega el espiritualismo cristiano basta para condenar su principio. El monacato ha tratado de practicar la vida evangélica; ha sucumbido con aplauso de la humanidad.